



Escenarios y desafíos en la actual coyuntura internacional

secretaría de
relaciones internacionales



central de trabajadores de la argentina





Escenarios y desafíos en la actual coyuntura internacional

Secretaría de Relaciones Internacionales
CTA

Coordinación: Adolfo Aguirre

Redacción:

Bruno Dobrusin – Asesor de la Secretaría de Relaciones Internacionales

Claudio Lozano – Diputado Nacional; Director del Instituto del Pensamiento y Políticas Públicas

Escenarios

El sistema internacional en la presente coyuntura histórica muestra signos de creciente conflictividad que se expresan, fundamentalmente, en la recurrencia de crisis económicas y sociales que impactan de manera decisiva en la estabilidad de los regímenes políticos en amplias regiones del planeta. En ese sentido, se han profundizado algunas claves negativas que se venían incubando desde hace tiempo en el derrotero del capitalismo mundial.

La crisis económico-financiera que comenzó con la explosión de las burbujas inmobiliarias en Estados Unidos y Europa se trasladó al resto del mundo, lo cual relativizó las expectativas de que los nuevos países emergentes lograrían escapar a los efectos de la crisis y empujar, de esa manera, el crecimiento económico del resto del mundo.

Por su parte, la misma dinámica de la crisis económico-financiera que impactó de forma significativa en los centros de poder del sistema internacional, generó crecientes expectativas sobre la posibilidad de construir un sendero de redistribución del poder político global a partir del cuestionamiento de la unipolaridad- sostenida desde comienzos del Siglo XXI por Estados Unidos- y su reemplazo por un nuevo esquema de múltiples polos de poder de carácter regional y continental, lo cual configuraría las bases para el establecimiento de un multipolarismo como tendencia

dominante en las relaciones entre los actores del sistema internacional.

Sin embargo, más allá de la ampliación de espacios como el G8¹, que perdió relevancia a manos del G20², y de la aparición de bloques como el BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), la hegemonía predominante del capitalismo neoliberal continúa presente, al tiempo que no se han podido plasmar, en el ámbito político-diplomático internacional, los necesarios correlatos en términos de construcción de institucionalidad y regímenes internacionales que pudieran sostener activamente las tendencias de redistribución del poder a través de nuevas iniciativas multilaterales de impacto regional.

En ese contexto, la expectativa inicialmente creada en torno a que los países emergentes pudieran actuar como posibles locomotoras de cambios globales, fueron rápidamente desechadas ante la imposibilidad de plasmar una alternativa a los paradigmas dominantes. A su vez, los países emergentes no parecen estar en las mismas condiciones que tuvieron al comienzo de la crisis hacia mediados de la primera década del Siglo XXI, cuando se beneficiaron de un crecimiento importante de los flujos en el comercio mundial

1. Alemania, Canadá, Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, Rusia, más la Unión Europea.

2. G8 más Sudáfrica, Arabia Saudita, Argentina, Australia, Brasil, China, Corea del Sur, India, Indonesia, México y Turquía.





de materias primas y bienes estratégicos y, simultáneamente, comenzaba a recrudecer el impacto de la crisis económico-financiera en el mundo desarrollado, cuyas consecuencias nefastas en términos de redistribución negativa de los ingresos mundiales, pueden afectar seriamente al conjunto de países emergentes a través de la exportación de la crisis mediante mecanismos financieros y especulativos de diverso tipo.

De hecho, los coletazos están ya afectando la evolución económica de los países emergentes, y el claro ejemplo es el descenso de los niveles de crecimiento de China e India para los próximos años, caída que afecta también a otros países relevantes y con peso regional como Brasil o Turquía. A su vez, los países con economías de alta potencialidad en materia de crecimiento, parecen seguir la línea ya establecida y- salvo excepciones, como la posibilidad de plasmar posiciones alternativas en ámbitos de debate político-institucional como el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas- se encaminan en los mismos paradigmas que Europa y Estados Unidos. Las crisis sociales presentadas recientemente en Turquía y Brasil son un claro ejemplo de las contradicciones hacia adentro de estas economías.

En definitiva, si estas tendencias prevalecen, estamos ante una consolidación del fenómeno estructural de funcionamiento del capitalismo a comienzos de Siglo XXI, que se asienta en el crecimiento de la especulación financiera y en las ganancias provenientes de la economía del conocimiento y de la alta tecnología, el estancamiento de las tasas de ganancias en los sectores productores de bienes de la economía mundial y la depresión de los niveles de demanda mundial.

Un interesante trabajo acerca de la evolución de estas tendencias, lo realizó el escritor indio Vijay Prashad, titulado “Neoliberalismo con características sureñas”. En este escrito Prashad resalta, entre otros aspectos, la incapacidad de generar una agenda confrontativa con respecto al status quo actual.

Los BRICS surgen más como una potencia comercial promocionados por uno de los principales bancos de inversiones, Goldman Sachs, que por el imperativo de generar nuevos recursos de poder. Hasta el momento han avanzado lentamente en la idea de armar un Banco de Desarrollo BRICS, que compita de cierta forma con el FMI. Esta estrategia, así planteada, generó expectativas, pero

es contradictoria con la refinanciación auspiciada por los BRICS al FMI. Un dato importante a incorporar: las potencias emergentes suelen tener más cuestiones de conflicto que de acuerdo, debido a su marcada diferencia estructural económica, social y de posicionamiento internacional. Es por esto que es complicado actuar en grupo en ambientes internacionales más allá de lo declarativo.

Relacionado a lo planteado anteriormente, se publicó en junio de 2013 un interesante informe del Institute for Policy Dialogue en conjunto con el South Centre de Ginebra. El informe se denomina “La Era de la Austeridad”, y detalla las políticas económicas implementadas por 181 países entre 2007 y 2013. El informe indica que los primeros tres años de las crisis (2008-2010), la tendencia mundial fue hacia una expansión fiscal, es decir mayor intervención del Estado. Sin embargo, esta tendencia comienza a revertirse en el período 2010-2012 con una fuerte contracción fiscal, reforzada por el período 2012-2015 (proyecciones estimadas) con una intensificación de la contracción fiscal. El dato más relevante de este informe es que la austeridad se ha profundizado no sólo en los países industriales sino también en los emergentes, donde los porcentajes de recortes son aún mayores. Del estudio surge que 68 países en desarrollo van a contraer 3,7% del PBI, mientras que 26 economías industriales recortarán un promedio de 2,2% del PBI. En el 2013, la austeridad afectó al 80% de la población mundial, con proyección de llegar al 90% hacia el 2015. Si bien América Latina es una de las regiones que ha aplicado en menor intensidad los llamados planes de austeridad, los planes de ajuste afectaron al 51,7% de la población en 2008 mientras que ese número aumentó a 79,6% durante el año pasado (2013).

Por otra parte, el estancamiento en las negociaciones sobre el cambio climático, es un claro señalamiento de la poca predisposición de gobiernos y empresas para cambiar los modelos de desarrollo que generan desigualdad social y ambiental. Las alternativas sugeridas desde las empresas multinacionales referidas al “crecimiento verde” no son más que propuestas para avanzar en la financiarización de la naturaleza, la pérdida de espacios comunes para nuestras poblaciones y el avasallamiento sobre más derechos. El cambio climático es una realidad hace más de dos décadas. Sin embargo, tal como lo





demonstró la cumbre de Río+20, los empresarios son aliados de los gobiernos a la hora de discutir desarrollo, rehusando involucrar a las poblaciones locales en la toma de decisiones. Si en algún momento se pensó en la posibilidad de que las negociaciones en las Conferencias de las Partes (COP) generen un cambio en el paradigma de desarrollo, esa esperanza se desvaneció en los últimos años. Las alternativas planteadas desde movimiento indígenas de América Latina referidas al buen vivir, el sumak kawsay, aportan interesantes cosmovisiones alternativas, pero que todavía no pueden concretarse en una visión de vida que incorpore a las grandes mayorías que habitan en los centros urbanos.

Estos datos nos llevan a la conclusión que las potencias emergentes no han producido un cambio de paradigma, ni mucho menos han alterado la dinámica de poder existente. Sí han sido factores determinantes en ampliar la legitimidad de un sistema de poder económico internacional que prioriza a sector financieros por sobre las realidades sociales. Esto tiene que ver con que los progresos económicos en países emergentes (China como la estrella de ese grupo) están íntimamente relacionados con el proceso de desarrollo económico —y de consumo— de los países del norte industrializado. La puja es hacia adentro de estas regiones, y tienen que darla los movimientos sindicales y sociales. El poderío económico que ostentan los países emergentes es un dato de una nueva realidad global, pero no garantiza una redistribución del poder en el concierto de naciones. Las asimetrías económicas y sociales entre los países emergentes y los desarrollados continúan siendo sustanciales, así como también hacia adentro del grupo de naciones emergentes. La unidad no está garantizada sólo por una condición, sino que todavía debe ser construida.

Libre comercio e integración

Desde la derrota del ALCA en Mar del Plata en el 2005, la cuestión de la integración regional tomó mayor relevancia en América Latina. La caída del proyecto hegemónico propuesto por Estados Unidos incrementó las expectativas que el desarrollo de un proyecto de integración alternativo al del libre comercio era posible. La concreción de la Unión de Naciones Sudamericanas

(UNASUR) así como la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC), fueron dos pilares de un germen de propuesta anti-imperialista por parte de la región. La UNASUR fue la que más avanzó en el desarrollo institucional y en el apoyo a la estabilidad política de la región, en especial en los casos de intentos de golpe de Estado como los que sufrieron Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador. La integración desde una perspectiva política está siendo posible porque se entiende a UNASUR- y a CELAC como extensión- como espacios donde confluyen diversas líneas de pensamiento y acción, no todas de izquierda. Entender el actual proceso de integración significa también marcar esta diversidad de opiniones dentro de estas organizaciones. Conviven en ellas bloques como el MERCOSUR y otros como la Alianza del Pacífico, más enfocada en el libre comercio convencional y en políticas económicas de carácter aperturista.

Los avances en la integración regional no son para nada desdeñables. Después de décadas de miradas pro-norteamericanas y eurocéntricas, se consolidó en la región el concepto de unidad latinoamericana a nivel político, superando barreras entre gobiernos de diferente posicionamiento. Sin embargo, cabe destacar una desaceleración en estos procesos, fomentada por la falta de liderazgo regional ante la ausencia de quien fuera un pilar para la consolidación de la perspectiva de la unidad política de la región, el comandante Hugo Chávez.

Hay diversos datos de la actualidad que indican un estancamiento, inclusive en la capacidad de influencia política. Por un lado está el golpe de estado en Paraguay en junio de 2012 contra el presidente Lugo, donde los países de UNASUR, y en especial los del Mercosur, no reaccionaron a tiempo ni pudieron influir en el desarrollo de los eventos. La caída de Lugo es una derrota a las democracias que viene construyendo con mucho esfuerzo la región. Refuerza la preocupación generada por el golpe de Estado en Honduras (2009) y los intentos en Bolivia y Ecuador, sumado a la actual situación de golpismo en Venezuela. Simultáneamente a esta situación, preocupa la participación por parte de países sudamericanos en la Misión de Naciones Unidas en Haití, donde se encuentran tropas argentinas, brasileras y hasta recientemente uruguayas como parte de las fuerzas





“de paz” que en los hechos ocupan militarmente ese país.³

La UNASUR, en este sentido, debe tener una postura clara contra la intervención militar, y fortalecer la colaboración mediante ayuda humanitaria, con el claro ejemplo de la ayuda provista por los médicos cubanos en ese país.

Por otra parte, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) ya pasó por dos presidencias pro-témpore, inclusive la última en manos de Cuba, un hecho histórico en sí mismo. Durante su corta vida, la CELAC logró imponerse como comunidad latinoamericana, quitando de los debates a Estados Unidos y Canadá, quienes históricamente dominaron dentro de la Organización de Estados Americanos (OEA). La incorporación y activa participación de Cuba dentro de CELAC es quizás el mayor logro. Sin embargo, no se visibilizan grandes novedades ni iniciativas más allá de lo declarativo. La última cumbre de enero 2014 en La Habana declara a la región como “zona de paz”, pero por el momento no hay perspectivas de iniciativas de impacto regional a futuro. La construcción de estas organizaciones implica un camino lento y arduo, pero la falta de dinamismo actual, y el retorno a los acuerdos de libre comercio multilaterales, manifiestan una situación preocupante para aquellos que conservamos ilusiones de un desarrollo regional integrado, donde podamos negociar en pie de igualdad ante las grandes potencias.

En América Latina la lucha contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) fue un símbolo de la resistencia a las medidas imperialistas, pero, sin embargo, no parecen existir objeciones mayores cuando el libre comercio es promovido por China y la Unión Europea, o inclusive cuando Estados Unidos firma acuerdos bilaterales de libre comercio. Es así que desde la caída del ALCA, los acuerdos de libre comercio (bajo diferentes nombres, generalmente “asociación preferencial”) se intensificaron. A los ya

existentes acuerdos multilaterales del NAFTA⁴ y el CAFTA⁵, se agregaron los acuerdos de Estados Unidos con Chile (2004), Perú (2007), Colombia (2012) y Costa Rica (2011). A estas asociaciones tenemos que sumarle el impulso que tiene la Alianza del Pacífico, que agrupa a todos los países que firmaron acuerdos de libre comercio con Estados Unidos, y busca integrarse al Tratado Trans-Pacífico (TTP) entre EEUU y 12 países de Asia, excluyendo a China.

El avance de las inversiones por parte de la República Popular China no tiene menos complejidades. Como indicábamos en un informe del año 2013, China está avanzando en la región con eje en los recursos naturales, firmando tratados de libre comercio con características similares a las de los tratados firmados por Estados Unidos y la Unión Europea con la región. China tiene firmados tratados de libre comercio con Chile, Costa Rica y Perú, pero su gran avance es por la vía del financiamiento de proyectos relacionados al desarrollo a gran escala de explotaciones primarias.

Un dato clave con las inversiones chinas es que también vienen con condicionamientos, si bien no de carácter estructural en términos de promoción de ajustes macroeconómicos como los exigidos por el FMI y el Banco Mundial. En efecto, si se examina el detalle de este financiamiento, no siempre es más ‘barato’ para los países que lo reciben. Por ejemplo, los préstamos del Banco de Desarrollo chino suelen ser a tasas más altas que los otorgados por otros bancos de desarrollo internacionales. Sumado a esto, los financiamientos chinos sí se parecen a los occidentales en cuanto al requerimiento de comprar equipamientos y servicios del país prestamista. Este punto es uno de los aspectos negativos, ya que al contratar servicios y equipamiento chino, pierde una cuota de participación importante la industria local. Es más, en varias ocasiones los financiamientos chinos son elegidos por sobre los occidentales ya que, si bien ambos conllevan la condición de comprar equipamientos y bienes de diverso tipo, los originarios de China suelen ser más baratos que los demás, lo cual se replica, también, en los servicios. Asimismo, en buena parte de estos acuerdos, tampoco existe el proceso de transferencia de tecnología,

³ Es importante señalar que, hacia fines de 2013, las autoridades uruguayas destacaron que estaban evaluando el retiro de las fuerzas civiles y militares que integran la misión en Haití. Y, desde Brasil, han llegado repercusiones en la misma dirección, en ocasión de la visita del Senador haitiano Jean Charles Moïse, quien expresó, en estos países hermanos como en Argentina, el pedido avalado por la resolución unánime del Senado haitiano para el retiro gradual de la misión de la ONU en el país caribeño.

⁴ Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte. Incluye a México, Estados Unidos y Canadá.

⁵ Acuerdo de Libre Comercio de Centroamérica. Países de América Central con Estados Unidos.





lo cual no es un dato menor a la hora de evaluar las características de la dependencia estructural de nuestros sistemas económicos, atrapados en la tendencia a la primarización y a la incapacidad de innovación y agregación de valor en las cadenas productivas.

La presencia de los bancos chinos en América Latina ya sobrepasa la importancia histórica que, en términos de los financiamientos internacionales, tenían tanto el Banco Mundial como el BID. Esto significa que China pasa a ser un jugador relevante dentro de la estructura de integración regional. Quizás la mayor problemática con la presencia China es el bajo perfil que lleva, y la falta de información por parte de los gobiernos de la región respecto a los acuerdos firmados con ese país. La inversiones chinas tienen una clara orientación extractivista, enfocándose en la energía, minería y transporte.

Por su parte, los tratados de libre comercio con la Unión Europea, en especial el que está negociando el Mercosur, también tienen complejidades. El principal interés de los países europeos es extender los mercados para sus manufacturas industriales, pero a su vez son reticentes a la apertura de los mercados agrícolas, una clave para las exportaciones desde el Mercosur. Esta es la principal traba que se encuentra hasta el momento en la negociación de los dos bloques, aunque no es la única. En concreto, hay otros temas de enorme complejidad y gravedad para el interés nacional de nuestros países y que forman parte de capítulos relevantes de estos proyectos de acuerdos de libre comercio. Merecen destacarse la ominosa perspectiva de la liberalización y apertura en el sector servicios, llegando a bienes estratégicos como la educación, la salud o el transporte, la posibilidad de apertura en los procesos de compras gubernamentales (participación de empresas transnacionales de origen europeo en licitaciones públicas en todos los niveles de gobierno), la liberalización de las condiciones de inversión y la completa flexibilización de barreras de carácter ambiental, normativo y estratégico-político para promover inversiones en sectores sensibles de la economía y la sujeción a jurisdicciones extranjeras a través de la perpetuación de los Tratados Bilaterales de Inversión (TBI), que, de la mano de este acuerdo global, serían perfeccionados y adoptarían un alcance multilateral.

A partir de este breve panorama, podemos sacar dos conclusiones importantes: por un lado, la

integración latinoamericana está afianzada en el nivel político, pero debe profundizar la integración económica; por otra parte, se avizora un retorno a las tensiones con potencias extranjeras, ya sea por la presencia de Estados Unidos y también por la creciente participación de China dentro de las políticas comerciales. No es el objetivo de este análisis negar las potencialidades del comercio como generador de riqueza y de fuentes de trabajo. Sin ir más lejos, en gran parte fue el creciente comercio con China en materias primas lo que generó una época de bonanza económica fenomenal para Sudamérica. El punto clave es que los acuerdos de libre comercio firmados entre países con asimetrías económicas muy profundas, sí son un gran problema y generan mayor desigualdad en nuestras poblaciones. Los datos están a la vista, en especial si miramos el caso del NAFTA, que en enero de 2014 cumplió 20 años desde su creación. De acuerdo a un informe producido por el investigador Mark Weisbrot, luego de 20 años de libre comercio, el panorama para México no es alentador:

- La tasa de pobreza es de 52,3%, casi idéntica a la de 1994. Pero la población sí creció, con lo cual unos 14,3 millones de mexicanos cayeron en la pobreza. Mientras tanto, el promedio de América Latina indica una caída del 20% en los niveles de pobreza para el mismo período.
- Por no poder competir con el sector agrícola norteamericano, unos 5 millones de agricultores mexicanos fueron desplazados.
- Aumentó un 79% el número de mexicanos que migran anualmente a Estados Unidos.
- La industria de las maquilas, en la frontera con Estados Unidos, es uno de los contextos donde se producen las mayores violaciones a derechos laborales, sin organización sindical genuina, con bajos salarios y con alta inseguridad laboral.

La realidad mexicana puede ser reproducida también en la situación de los países centroamericanos que también tienen un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos. El punto a remarcar es que los acuerdos comerciales, tal como se los presenta en las últimas dos décadas, no han beneficiado a nuestro países y en muchos casos profundizaron situaciones de pobreza y desigualdad. Es por eso que es decisivo afianzar la integración





regional, para poder demostrar una alternativa no sólo política sino también económica. Además, sólo desde la consolidación de la integración regional se puede mejorar la capacidad de negociación internacional de nuestros países.

Panorama socioeconómico

Como lo demuestra lo analizado anteriormente, la creciente proliferación de mega-acuerdos de libre comercio, con el impulso de Estados Unidos, pero también de otras potencias emergentes, está afianzando la concentración de poder y riquezas en todo el mundo. El reciente Foro Económico de Davos, donde se reúnen los principales ricos del mundo, tuvo una preocupación central: la desigualdad en el mundo. No se trata sólo de una postura para la foto, sino quizás de la preocupación que mucha desigualdad genera inestabilidad social y violencia en las calles, algo de lo que advertimos hace años aquellos que luchamos por la justicia social. Para esta reunión del foro, la organización humanitaria Oxfam presentó un informe contundente, en el que se remarca que:

- Casi la mitad de la riqueza en el mundo está en manos del 1 por ciento de la población
- La riqueza de ese 1 por ciento es 65 veces más que la riqueza acumulada de la mitad más pobre de la población mundial
- 7 de cada 10 personas viven en países donde la desigualdad se incrementó en la últimas tres décadas.
- En Estados Unidos, el 1% más rico capturó el 95% del crecimiento pos-crisis, mientras que el 90% de la población se empobreció durante esos años.

Mientras tanto, el Banco Mundial, en su defensa del neoliberalismo, nos aclara que la pobreza viene disminuyendo constantemente desde hace 30 años. El dato en sí no es incorrecto. El problema es la medición. El Banco Mundial continúa utilizando la línea de pobreza en 1,25 dólares por día. Es complejo comprender el modo en que una familia pueda sobrevivir con ese salario. El economista crítico Lant Pritchett sugiere una línea de pobreza más sensata, de 10 dólares por día, lo que llevaría al 88% de la población mundial a estar por debajo de la pobreza. Vale aclarar que esto se

refiere sólo a ingresos monetarios, y no toma en cuenta cuestiones importantes como el acceso a salud, educación y servicios públicos de calidad.

La crisis económica que comenzó en el 2008 ha profundizado la acumulación de grandes riquezas en manos de unos pocos, a expensas de las grandes mayorías. Los trabajadores son los primeros afectados por la creciente desigualdad, tanto mediante el desempleo generalizado como también por la extensión de la precariedad laboral. La cantidad de trabajadores cuyos ingresos no alcanzan para salir de la pobreza se ha incrementando en las últimas tres décadas, con aumentos exponenciales a partir de la reciente crisis económica.

El último panorama laboral publicado por la Organización Internacional del Trabajo (2014) marca que durante el último año se registraron en el mundo 197 millones de desempleados, con tendencia a incrementarse durante este año por encima de los 200 millones. En especial esta situación es grave entre los jóvenes, a tal punto que el 12,7 % de los trabajadores activos entre 16-24 años están desempleados. Si bien estos datos son alarmantes, hay dos datos que preocupan aún más con respecto a la situación de los trabajadores: 839 millones viven con menos de 2 dólares por día; y unos 375 millones viven con menos de 1,25 dólares por día. Esto implica que más de un tercio de la fuerza laboral empleada se encuentra en condiciones de pobreza extrema.

De manera similar, en América Latina el crecimiento económico de estos años va perdiendo dinamismo, sumado a la falta de profundización de políticas redistributivas. La región tiene alrededor del 30 por ciento de los trabajadores empleados sin cobertura médica ni posibilidad de jubilación. La informalidad afecta a cerca del 45% de los latinoamericanos, y para progresar en la próxima década se requiere un cambio profundo en las condiciones de empleo y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales. Tal como lo indica el Panorama Laboral de OIT para América Latina, la región todavía tiene muchas cuentas pendientes, y la pérdida de dinamismo de los últimos dos años es un llamado de atención serio para los gobiernos. El crecimiento económico desmejoró con la profundización de la crisis, y la región no parece tener una respuesta contundente a tres de los grandes problemas: desigualdad, pobreza y desempleo.

El economista británico Guy Standing (2011) habla de una nueva clase mundial, “el precariado”,





refiriéndose a que la mayor parte de los trabajadores en el mundo hoy están expuestos a alguna condición de precariedad, creando una nueva clase emergente, que no está desempleada pero que vive bajo condiciones de pobreza e inseguridad laboral. Desde aquí remarcamos que los trabajadores precarios no constituyen una clase en sí misma, sino que es una condición impuesta a la mayoría de los trabajadores, inclusive a aquellos que tienen altos ingresos. La precariedad laboral no es sólo una condición de informalidad (falta de cobertura médica, aportes jubilatorios, etc), sino principalmente una condición de inseguridad, donde los trabajadores no tienen perspectivas estables de empleo, ni tampoco poseen acceso al Estado mediante la provisión de servicios públicos y seguridad social. Es hacia este amplio universo de trabajadores donde los esfuerzos de organización sindical deben estar enfocados, ya que hasta el momento han sido colocados en una situación de marginalidad con respecto a la amplia mayoría de las organizaciones de trabajadores.

El internacionalismo como arma de lucha

Ante este panorama, las perspectivas de organización sindical para confrontar con los actuales paradigmas no parecen ser las mejores. Sin embargo, a lo largo y ancho del mundo se están produciendo acciones sindicales, inclusive con victorias sobre el capital en muchos casos. Estas acciones están generalmente dispersas, y una de las principales estrategias internacionalistas busca unificar estas luchas. Muchos de los nuevos movimientos de trabajadores se dan en el sector informal, organizando trabajadores precarizados que permanecían marginados de las organizaciones sindicales tradicionales.

Mientras las organizaciones sindicales de los países desarrollados van perdiendo miembros, no es necesariamente ésa la realidad para el resto del mundo. Tal como lo indica la autora Beverly Silver, la relocalización de las industrias desde el norte hacia el sur debilitó al sindicalismo del norte pero en muchos casos permitió el surgimiento de actores sindicales fuertes en el sur. Así ocurrió en los 80' con Brasil, Sudáfrica y Corea del Sur, el desplazamiento de las industrias hacia el sur genera movimientos de organizaciones novedosas y

más radicales que las establecidas. Esto es lo que está ocurriendo en estos años con las huelgas de trabajadores en China y Vietnam. No se producen de una manera vertical, ni siquiera con el apoyo de la principal organización sindical de cada país, pero se vienen incrementando exponencialmente las huelgas en las fábricas, por demandas que hace dos décadas todavía no se expresaban públicamente.

La división entre el sindicalismo del norte y del sur no tiene porqué ser un impedimento para la acción internacional. Es una división que favorece al capital, ya que genera la ilusión que hay trabajadores incluidos en el sistema y están los marginados. Las acciones internacionales que más éxito tuvieron fueron una combinación de esfuerzos de diferentes regiones. En el caso de las Américas, la campaña contra el Área del Libre Comercio tuvo un fuerte componente latinoamericano, pero también participaron las confederaciones sindicales de Estados Unidos y de Canadá. Este tipo de esfuerzo y colaboración transnacional es fundamental para empujar las fuerzas sindicales contra el capital. Los datos presentados anteriormente en este panorama, demuestran que la clase trabajadora sufre problemas similares más allá de los contextos donde se encuentra. Un punto de encuentro es definitivamente la amenaza del retorno a los acuerdos de libre comercio multilaterales. En la actualidad se discuten diferentes acuerdos, y en todos se incorpora a regiones desarrolladas y en vías de desarrollo. Este es el caso de las propuestas de Estados Unidos para firmar un Acuerdo del Transpacífico (con países que poseen salida al pacífico) y un Acuerdo Transatlántico (con la Unión Europea), pero también las negociaciones del Mercosur con la Unión Europea para un acuerdo comercial. Tal como lo demostró la lucha contra el ALCA, las iniciativas claramente hegemónicas por parte del capital son un potencial elemento unificador para movimientos sindicales de diversas regiones.

Las luchas sindicales internacionales son en realidad una combinación de estrategias. Podemos dividir las en tres grandes grupos: desde arriba; desde abajo y mediante la solidaridad entre centrales. Las acciones “desde arriba” son los Acuerdos Marco Internacionales y las negociaciones en la OIT. Las acciones sindicales “desde abajo” son las luchas del día a día en las fábricas y los lugares de trabajo, que no siempre tienen





una conexión con la lucha internacional. La solidaridad de las centrales, actúa como un eje de relacionamiento político entre centrales sindicales. Esta solidaridad no siempre está conectada a luchas específicas, sino que busca incrementar los intercambios entre centrales y coordinar acciones internacionales dentro de las Confederaciones existentes (CSI y FSM). En los casos que se pueden considerar victoriosos, una combinación de las tres estrategias estuvo presente. Esto significa que la acción internacional no puede estar relegada sólo a las relaciones internacionales, sino también tiene que incorporar un eje de refuerzo de las acciones locales, en especial en aquellos lugares donde la lucha se da dentro de empresas multinacionales.

En conclusión, el panorama internacional es claramente preocupante en cuanto a la situación de los trabajadores, a la creciente desigualdad entre países y hacia dentro de los países. La crisis internacional que comenzó en el 2008 fue

utilizada como arma de los sectores concentrados para lograr acaparar mayores riquezas a costas de los trabajadores. Sin embargo, la proliferación de resistencias, más una creciente mirada estratégica por parte de sindicatos y movimientos sociales de todo el mundo, dan una pauta que se pueden construir resistencias. Quizás el mayor reto sea la construcción de alternativas viables, pero necesarias, que nos permitan posicionar una visión desde los trabajadores, desde los pueblos, sobre el tipo de sociedad en la que queremos vivir. Es importante en esto reforzar la solidaridad entre los pueblos, apoyados en la acción y en la cooperación entre iguales, con autonomía pero acompañando todas las luchas que se dan a lo largo y ancho del mundo. Esto significa no resignar la construcción de propuestas a los gobiernos, y generar desde nuestra posición como organizaciones de trabajadores modelos de desarrollo que nos permitan distribuir riquezas y construir la perspectiva de una vida digna para las mayorías en el mundo•







secretaría de
relaciones internacionales



central de trabajadores de la argentina

